CAPÍTULO XV.

La impiedad de Nestorio, el cual negaba que María fuese madre de Dios, quedó para siempre confundida con este raciocinio tan breve como sencillo y claro mas que la luz del mediodia: nuestro Señor Jesucristo es Dios, María es su madre, luego María es madre de Dios. Pero la divina Providencia quiso que la Señora triunfase de un modo magnífico y brillante. Reunida toda la Iglesia Católica en el célebre concilio general de Efeso, compuesto de doscientos Padres, iluminados por el Espíritu Santo, la proclamó Madre de Dios, declarando hereje y anatematizando como á tal á cualquiera que se atreviese á negarlo: *Sancta Maria Deipara scribatur: qui non sic sapit, hæreticus est nestorianus: mitte foras:* Este fué el grito universal del concilio; y Nestorio herido con el anatema de la escomunion, depuesto del obispado, degradado y arrojado, cubierto de maldicion y de oprobio, al espantoso desierto de Oasis, comenzó á padecer las penas del infierno por el diluvio de los males y miserias que le oprimieron, hasta pudrírsele aquella maldita lengua blasfemadora, que en su propia boca devoraron gusanos en venganza visible y milagroso castigo de las injurias proferidas contra la Madre de Dios.

Bellísimo era el espectáculo que ofrecia toda la ciudad de Efeso, mientras los Padres del concilio deliberaban sobre la causa de la Reina del cielo: celoso de su gloria estaba todo el pueblo en oracion, pidiendo al Dios de las justicias que protegiera la causa de su Madre; y en el momento que se esparció la feliz nueva de que habia sido declarada verdadera madre de Dios, y que así debian llamarla todos los cristianos,

retumbaron los aires con gritos de alegría, se iluminaron todas las calles y ardieron con festivos fuegos, en tanto que los ciudadanos corrian con incensarios en la mano á recibir á los Padres del concilio á las puertas del templo, á congratularse con ellos y darles gracias por el solemne triunfo de María, acompañándolos con santa y jubilosa algazara á cantar el magnífico himno de gracias, con que la Iglesia se muestra agradecida al Todopoderoso siempre que este la corona del suspirado laurel de la victoria.

Para que el triunfo de María fuese perpétuo en los siglos, y universal en toda la redondez de la tierra, los Padres del concilio añadieron al *Ave María* estas palabras, que todos los dias debemos repetir con indecible consuelo de nuestras almas: *Sancta Maria, Mater Dei, ora pro nobis peccatoribus nunc et in hora mortis nostræ. Amen.* Santa María, madre de Dios, ruega, etc.

En esta oracion es llamada madre de Dios é invocada bajo este mismo título infinitas veces cada dia por millones de cristianos de toda edad y sexo, y lo será hasta el fin de los siglos, siendo este el fruto que sacó el heresiarca Nestorio de sus necias invectivas contra la Madre de nuestro Redentor.

Vanos son los esfuerzos de todos sus enemigos por menoscabar su gloria y disminuir su devocion. Esta se aumenta siempre que es combatida, se robustece siempre que se trabaja por enflaquecerla, se dilata siempre que se intenta estrecharla; y donde quiera que el Hijo tiene verdaderos adoradores, no faltan á la Madre fervorosos devotos que se dejarian arrancar el corazon antes que permitir que se les despojase del inefable tesoro de su amor, de esa devocion, fuente de purísimos consuelos, égida salvadora, rio de gracias innumerables, y prenda segurísima de bienaventuranza eterna.

María por su divina maternidad participa realmente de la misma gloria de Dios Padre en lo que mas le honra, porque

ella puede decir al mismo Hijo de Dios Padre : *Ego hodie genui te :* Yo te he producido de mi sustancia. No es por cierto la mas alta gloria de Dios ser autor y rey del universo; aunque hubiese creado cien millones de mundos, menos glorioso le seria que el producir un Hijo omnipotente y eterno. Lo mismo ha de decirse de la Santísima Vírgen : aunque hubiese creado cien millones de mundos mas bellos y magníficos que este universo, no tendria por ello tanta gloria como por haber producido un hijo que es verdadero Dios.

Añádese á esto otra maravilla, que admirablemente realza sus grandezas. Así como Dios Padre no puede ser el padre de su único Hijo sin que sea al mismo tiempo el principio del Espíritu Santo, y no puede ser el principio de esta tercer Persona divina, sino en union de su único Hijo, mas claro, como el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo, resulta de esta procedencia que llevando la Santísima Vírgen en sus entrañas al Hijo, lleva en ellas el principio del Espíritu Santo. Puede decir con toda verdad : El que yo produzco en mi seno de mi sustancia, produce al Espíritu Santo de su propia sustancia divina. No soy madre del Espíritu Santo, pero soy madre del que es principio del Espíritu Santo. ¡Ah! ¿Quién duda que este sublime parentesco me dá derecho para poseerle de una manera, que no le ha poseido ni le poseerá nunca ninguna otra criatura? ¿En vano me dijo el ángel saludándome como á madre de Dios : *Spiritus Sanctus superveniet in te,* vendrá á tí el Espíritu Santo juntamente con tu Hijo?

Un autor ingenioso observa que Dios hubiese honrado á María, haciéndola madre de un personaje ilustre, y mucho mas si la hubiese hecho madre de un príncipe, de un rey ó de un emperador, y aun mas, mucho mas dándole por hijo á un ángel, todavía mas, dándole por hijo á un arcángel, y muchísimo mas, dándole por hijo al primer serafín : todas las madres del mundo la habrian contemplado con admiracion como sumamente encumbrada sobre ellas. ¿Pero qué viene á ser todo esto comparado con la inefable dignidad de madre de Dios? Cuanto el mismo Dios se eleva sobre los monarcas

del mundo y los ángeles del cielo, es decir infinitamente, otro tanto se eleva la Santísima Vírgen sobre todas las madres; y aun cuando fuese madre de todos los reyes que han reinado y reinarán en el mundo, y al mismo tiempo de todos los ángeles del cielo, esta muchedumbre de maternidades, aunque parezca que siendo cada una de por sí honorífica, y hallándose todas reunidas en una sola persona, le habian de dar una especie de inmensidad de gloria; sin embargo, serian en realidad muy poca cosa en comparacion de la augusta gloria de ser madre del Hijo de Dios.

Así la Escritura resume todas las alabanzas de María en estas breves palabras : *Maria, de qua natus est Jesus, qui vocatur Christus :* Es la madre de Jesus, es la madre de Dios. Por mas esfuerzos que haga la elocuencia de los hombres no dirá nada mas grandioso ni sublime acerca de las altísimas escelencias y dignidad de esta Reina del universo. San Anselmo espresó enérgicamente la elevacion de este insondable pensamiento en tan corta cláusula : *Mira res! in sublime contemplor Mariam creatam : omnis natura est à Deo orta, et omnis natura Dei ex Virgine.*

Las tres Personas de la augusta Trinidad han contribuido á dar á María el glorioso título de Madre de Dios. El Padre la ha hecho partícipe de su paternidad, el Hijo le ha dado su propia persona, el Espíritu Santo al tomarla por esposa le ha comunicado su divina fecundidad. Veamos y admirémos ahora como ella manifiesta su encendida gratitud á cada una de estas Personas divinas.

Al Padre eterno le dá por vasallo y siervo á su mismo Hijo eterno y omnipotente como él, infinito y sabio igualmente que él. ¿Pues qué mayor grandeza podemos imaginar en Dios que el tener soberano imperio sobre un Dios, que en todo le es igual? Antes de que María le hiciese hombre en sus purísimas entrañas era el eterno Verbo en todo igual al Padre; pero desde su encarnacion le es inferior en cuanto hombre y por consiguiente le debe la sumision y obediencia, que no le debia cuando solo era su igual. Sin embargo, este nuevo súbdito que dá al Padre la Vírgen de Nazaret, es al

mismo tiempo un Dios, y es un hombre inseparable de la Divinidad; por lo cual arrebata de asombro el imperio, que por María alcanza el Eterno Padre sobre la adorable persona de nuestro Salvador.

En cuanto al Verbo divino, le dá en la encarnacion un nuevo sér que no tenia antes de ella. Ni se diga que lejos de honrarle con semejante dádiva, mas bien le humilla y abate. Así seria si él no levantase su humanidad santísima hasta la gloria de su divinidad, uniéndola íntima é indisolublemente con esta, para obrar por medio de ella los mayores prodigios de su omnipotencia y de su amor infinito. ¿Nó se inmoló por ella para reparar la injuria, que hizo el pecado de los hombres á su divino Padre? ¿Nó fué ella quien en todo rigor satisfizo á la irritada justicia del Eterno? Sin su adorable humanidad ¿cómo hubiera libertado al género humano de la tiranía de los demonios? María fué quien le puso en estado de padecer y morir por la gloria de su Padre.

Ella quien para provecho nuestro le hizo capaz de merecer: ella quien de infinitamente rico le hizo pobre por nuestro amor, para que siendo capaz de ser enriquecido, nos hiciese partícipes de las riquezas adquiridas con su pobreza, como dice el Apóstol.

María le puso en estado de glorificar á su Padre esteriormente ó fuera de la Divinidad. El Padre es el principio de toda la gloria interior y esencial del Hijo, y el Hijo hecho hombre es recíprocamente el principio de toda la gloria esterior y accidental del Padre, siendo imposible que criatura alguna le agrade y le tribute honor y gloria, sino por Jesucristo Salvador del mundo. Él mismo nos lo declaró en el Evangelio diciendo: «Nadie tiene entrada con mi Padre sino por mí.»

En cuanto al Espíritu Santo, es cierto que recibe ella de él por su divina operacion la fecundidad necesaria para concebir una Persona divina; pero tambien lo es que por ella recibe el Espíritu Santo la misma divina fecundidad para producir la misma Persona divina. Él es estéril en la Divinidad, y es de las tres Personas divinas la única que no pro-

duce á otra; pero es tan fecundo por la Santísima Vírgen, fuera de la adorable Trinidad, que concurre realmente con ella á la produccion de una Persona divina que es el Verbo encarnado, aunque sea de diverso modo que la Vírgen, porque él contribuye con su virtud espiritual y divina, y ella dando realmente su humana sustancia y una porcion preciosa de su carne.

Además, es indudable que el Espíritu Santo haciendo que María sea Madre del Verbo encarnado le dá autoridad y legítima jurisdiccion sobre su Dios en cuanto es su hijo, pero tambien es positivo que María dá al Espíritu Santo cierta autoridad sobre el mismo Hijo, que no tenia en su Divinidad. Ni se entienda que esta es solo una autoridad de orígen, siendo el principio de su sér humano, y no habiéndole producido su divina Madre sino por obra del Espíritu Santo: es tambien una autoridad de poder y jurisdiccion, y por tanto tiene derecho de mandarle á predicar el Evangelio á los pobres, como él mismo nos lo hace saber por San Lucas: *Spiritus Domini super me evangelizare pauperibus missit me.* (Luc. 4. v. 18).

Hé aquí como la Vírgen-madre retribuye y glorifica á las tres Personas de la adorable Trinidad, por lo infinito que la ensalzan con la inmarcesible lauréola de madre de Dios. Empero si algun tanto mas nos engolfamos en la consideracion de sus grandezas, hallarémos que todos los resplandores de su gloria reflejan sobre nosotros, colmándonos de tanto honor, tanto consuelo, tanta felicidad y abundancia de celestiales bendiciones, que pasma el ver como todos los hombres no tenemos para con ella los mas ardorosos sentimientos de gratitud y respeto, de ternura y amor.

En efecto, ¿qué ha recibido la Vírgen-madre que no sea para nosotros? Si el Eterno Padre le comunica su paternidad divina para que sea madre del mismo Hijo, ¿nó es para dárnosle á nosotros? ¡Pero ah! ¡De cuánto precio no es esta dádiva! Darnos á un Dios-hombre, ¿nó es mas que cuanto el Hacedor nos dió en la creacion del mundo, y mas que cuanto pueda darnos con toda su creadora omnipotencia?

Porque todo esto vale sin duda mucho menos que el Hombre-Dios, que de ella hemos recibido. Y nuestros corazones deberian derretirse de amor y de ternura al considerar que á cada uno de nosotros nos le dá muy particularmente; y á la verdad, ¿cuántas veces nó le recibimos en la santísima Comunion? ¿Gozariamos de esa inefable delicia, de ese bien sobrehumano, de ese manjar de los santos, si María no le hubiese dado el cuerpo y sangre con que sácia nuestra sed y nuestra hambre cuantas veces querémos? Aun cuando fuera este el único bien, que debiésemos á la pródiga munificencia de la Reina del cielo, ¿qué tesoros de gratitud bastarian para corresponder á tamaño beneficio?

Aun hay mas. Si el Hijo le dá su propia persona ¿á qué fin la recibe ella sino para dárnosla á nosotros? Si ella le viste de un cuerpo humano, que forma de su propia sustancia; si le hace capaz de padecer y de morir, de merecer y saber por esperiencia propia la amargura de la tribulacion y la agudeza del dolor, ¿todo esto nó se hizo por nosotros? ¡Oh Madre de misericordia! ¿Cómo será posible comprender cuanto os debe el humano linaje por haberle dado un Salvador tan piadoso, cuya carne es carne vuestra, cuya sangre es sangre vuestra? A mí en particular me le dais, y ¡oh qué de veces regalais mi paladar y corazon mezquino con ese pan eucarístico formado en vuestras dulces entrañas! ¿Pero adonde está mi gratitud?

¿Para quién, finalmente, es el fruto bendito de esa divina y prodigiosa fecundidad, que le comunica el Espíritu Santo? ¿Nó es para nosotros? La Iglesia Católica canta en el símbolo de la fe con júbilo universal de sus verdaderos hijos: *Propter nos homines et propter nostram salutem descendit de cœlis et incarnatus est de Spiritu Sancto ex Maria Virgine.* Sí, por nosotros los hombres y por nuestra salud bajó de los cielos y se encarnó por obra del Espíritu Santo en el seno de María: sí, por nosotros hombres pecadores y pequeñísimos gusanos de la tierra concibió María al Verbo eterno: por nosotros le vistió de una carne mortal: por nosotros le dió á luz en un establo, y nos le dió á nosotros. ¡Ah, si

llegásemos á entender la magnitud de los beneficios que nos ha dispensado la Madre del divino Jesus, nuestros corazones se desharian consumidos con la suavísima llama de su amor como la blanda cera con el fuego!

CAPÍTULO XVI.

Exurgens Maria. No solo se levantó María para caminar sobre la tierra, sino que se elevó en espíritu sobre sí misma para volar á los cielos y entrar en los consejos divinos acerca del inefable misterio de la Encarnacion obrado en su castísimo seno, cuyos infinitos arcanos es indudable que penetrase estando llena del Verbo, que encierra los tesoros de la sabiduría de Dios. Sabia por tanto que el primer designio de su encarnacion, segun despues nos lo enseñaron los teólogos, era destruir al mónstruo del pecado original, que infectaba la humana naturaleza. Levántase pues á poner en ejecucion tan grandioso designio, y llevando escondido en sus entrañas el remedio del mundo, váse á aplicarlo al niño Juan Bautista.

¡Oh misterio! ¡cuántas maravillas nos descubre el encuentro de Jesus y Juan! Ambos niños, ambos encerrados en el seno de sus madres; pero el uno en el gremio de una madre vieja y estéril, la cual es imágen de la ley antigua que no producia la gracia, sino la prometia y aguardaba; el otro en el de una madre jóven y vírgen; pero fecunda, que es imágen de la nueva ley fecunda en santidad, y rica y abundantísima en gracias. La jóven vá en busca de la anciana, porque la verdad sale al encuentro de la figura, el don viene